



Todo por la patria y contra los japoneses en *Los 800* (Guan Hu, China, 2020)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La
Rioja (UNIR)

En la misma o parecida línea del cine ruso histórico, respecto a la Segunda Guerra Mundial, la filmografía china está trufada de piezas que vienen a dejar claro el enorme sacrificio y heroísmo mostrado por sus tropas en el largo conflicto que sostuvo con Japón desde 1937 hasta 1945. Cine que se ha ido tejiendo al amparo de una manifiesta influencia de la grandiosidad y preciosismo belicista de Hollywood (que tan buena

propaganda le ha reportado a EEUU). En este sentido, *Los 800* recupera un hecho verídico que cumple con las expectativas propias del género: la épica y la devoción nacionalista. Los hechos se dieron en plena ofensiva japonesa por ocupar Nankín y tomar la región del bajo Yangtsé, la más rica del país, a finales de 1937, en Shanghái.

Allí, un núcleo de resistencia soportaría estoica y duramente los asaltos nipones, en un almacén a orillas del río Huangpu. Como suele darse en esta clase de relatos, se erige un heroísmo colectivo. La película funciona como un reloj, desde el momento en el que los restos de la unidad 88 se refugian en el almacén junto al río y lo fortifican, para hacer frente las embestidas de las tropas japonesas que no creían que se iban a encontrar una resistencia tan tenaz, hasta que se les ordena abandonarlo, tras varios días de sangrientos combates.



Hombres de toda clase y condición se congregan en el interior del robusto edificio, algunos son

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2022.32.2.480-483>

FILMHISTORIA Online y todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.



desertores o soldados que han perdido su unidad y que son expuestos a las tareas más peligrosas, como poner minas y reforzar las defensas. El trato hacia ellos es desconsiderado y brutal, son adolescentes casi niños, jóvenes, hombres curtidos o viejos, que no saben o no quieren disparar. En suma, un mosaico de personalidades muy distintas, incluidos oficiales firmes y voluntariosos como el coronel al frente de la posición que entiende que es el combate de su vida. Pero mientras en un lado del río está la ciudad destruida y arrasada por los bombardeos nipones y el almacén que resiste, en el otro, desde sus ventanas se ve la zona internacional, una especie de limbo, al que intentan llegar como pueden refugiados y desertores.

En ese lado, se ve la guerra como un espectáculo singular, donde

los locales de ambiente siguen abiertos, las cantantes muestran su arte, mientras los soldados que resisten observan todo aquello con un velo de increíble irrealidad. Desde el cielo, sobrevuela un zepelín lleno de periodistas y observadores, que miran como si fuese una curiosidad lo que sucede ante sus ojos. Como la artillería japonesa no puede disparar al almacén



con su fuego graneado, por miedo a volar un depósito de gas, debe tomarlo al asalto.

El primer intento no les sale bien y caen en una celada. Los siguientes ataques son también igual de infructuosos, incluido un asalto nocturno que se resuelve en una confusa batalla campal en una de las plantas. A medida que avanza el metraje, esos hombres inseguros y temerosos, que por diversas circunstancias no quieren luchar y que sobreviven a la carnicería, se endurecen. Así es la guerra, no hay lugar para quedarse al margen. Hay que luchar para sobrevivir. Las escenas de acción son intensas y detallistas, el espectador parece estar allí mismo, en la boca de fuego, observando la fiera de unos combates en los que los japoneses a pesar de su empeño no logran vencer la contundente resistencia. Y mientras más resisten los chinos en el almacén, más muestras de solidaridad y simpatía reciben desde la otra orilla de sus compatriotas. Los



occidentales, en cambio, de forma frívola apuestan sobre cuándo caerá el reducto. Pero ellos no conocen la

capacidad de entrega y voluntad de los soldados chinos.

Ahí queda claro que se apuntala una crítica contra las concesiones occidentales que se quedaron mirando mientras Japón ocupaba una parte importante de China. Por lo que el discurso que se plantea es claro y rotundo: China les plantó cara en soledad a los japoneses.

La parte final, como no podía ser menos, se ralentiza y se prolonga en exceso para sobrecargar el ya de por sí áspero y fuerte drama con mayor emoción, subrayando la entrega y devoción de estos hombres dispuestos a morir por su país. En un momento dado, una mujer atravesará a nado, a riesgo de su vida, para llevarles la bandera de la República china que la izan sobre el edificio. Saben lo que significa. Los japoneses redoblarán su esfuerzo por acabar con ellos, no habrá concesiones. Pero, aun así, la colocan y la mantienen a expensas de las bajas, en un contumaz [aunque vano] sacrificio para mantenerla firme en lo alto del asta demostrando el orgullo de que la ciudad sigue siendo china, para desesperación del comandante nipón. Las manifestaciones emotivas y patrióticas se suceden.

Hasta los chinos de la otra orilla, a salvo, se sublevan con rabia disparando, conmocionados por tanto heroísmo. Incluso un soldado británico



hace lo propio cuando la unidad se retira por un puente señalado con la bandera de la Cruz Roja y las ametralladoras y francotiradores japoneses lo rocían de balas acabando con la vida de cientos de ellos... Muchos momentos solemnes más se suceden, como la niña que les hace un saludo militar a los hombres que aguardan en la oscuridad a pasar el puente que les separa de la salvación, y se levantan para saludarla, devolviendo su devoción con la clásica marcialidad militar.

Los 800 se iba a convertir a la sazón en la película más taquillera del año en China, conjugando con habilidad y destreza cinematográfica espectacularidad, patriotismo (lo que es muy llamativo en una sociedad comunista) y una sobrecarga emotiva. Sin embargo, no deja de ser una de esas películas de propaganda nacionalista que, convertida en un homenaje a los héroes (y se insistirá mucho en el filme sobre la importancia de su recuerdo) que cayeron en aras de defender la patria de una agresión exterior, se olvida de indicar que las

guerras son devastadoras. El pasado debe ser el recordatorio no de gestas inútiles, sino de aprendizajes sociales que, como se dice en el filme, lleven a hacer pensar a todos los gobiernos, incluidas las dictaduras, que “ninguna vida es inútil”. Lástima que así sí lo parezca.

T. O. Ba bai. 2020, China. Productoras: Beijing Diqi Yinxiang Entertainment, Huayi Brothers. Distribuidora: CMC Pictures. Dirección: Guan Hu. Guion: Kun Hu, Rui Ge y Guan Hu. Música: Rupert Gregson-Williams y Andrew Kaczynski. Fotografía: Cao Yu. Intérpretes: Yi Zhang, Yao Chen, Haoming Yu, Augusta Xu-Holland, Zhang Junyi, Tang Yixin, Huang Zhizhong, Oho Ou, Wu Jiang y Jerry Li. Duración: 147 min.